

BELINDA Y LAS ESTADÍSTICAS

Algar Editorial

Belinda se había levantado resacada por un cóctel de insomnio, llantos, preocupaciones, hastío y exámenes. Sin embargo, estaba lejos de ser la única alumna que alumbraba ojeras y cansancio en la biblioteca de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, en el campus de Tafira. Mediaba febrero y estaban en carnavales. Todos en la facultad luchaban contra la tentación de ir de marcha a los «mogollones», y casi todos cedían a ella. Se veían a última hora llamando a gente que pudiera prestarles un disfraz y hacerles compañía en una noche larga que naufragaría en el alba y en una churrería recién abierta.

Durante el fin de semana, el teléfono de Belinda no había dejado de sonar. Poco a poco, por goteo, la llamó la mayor parte de sus compañeros: «Al final vamos a salir esta noche, ¿te apuntas?»; «Nos vendrá bien distraernos antes del examen de Estadística»; «Tengo la cabeza hecha una tortilla, vayámonos de juerga». «No, lo siento, tengo que estudiar para el examen de Estadística del martes», fue la respuesta que dio una y otra vez. Lo hacía de forma mecánica, ni siquiera sentía la tentación de ir, le resultaba tan inconcebible salir de fiesta en época de exámenes a sus veinte años que ni lo contemplaba como una posibilidad. Resultaba curiosa la forma en la que se terminaba mintiendo con tanta facilidad, ya apenas ni advertía que la verdadera razón por la que no salía de noche con sus compañeros no tenía nada que ver con el examen de Es-

tadística –nunca le costó demasiado estudiar, al menos en eso había tenido suerte.

Sea como fuere, cuando entró en la biblioteca esa mañana, el lastre del fin de semana era el mismo que el de sus compañeros menos responsables: falta de sueño y cansancio.

Eva, una chica del sur de la isla a la que conoció al principio del curso, la había visto en la puerta del edificio antes de entrar. Fue una de las que la llamaron el sábado para salir a los chiringuitos. Se sentaban juntas en clase y se habían caído bien.

–¡Guau, qué ojeras! –bromeó cuando la vio.

Belinda tenía los ojos grandes y expresivos, y la falta de sueño se cebaba en ellos. Desde hacía tres años, el valle de su mirada se había convertido en territorio predilecto para su cansancio, había temporadas en las que no se recordaba sin ojeras.

–Seguro que tú no estás mejor debajo de esos cristales de borracha arrepentida.

Eva llevaba unas gafas negras de lentes amplias que le cubrían casi hasta la base de la nariz. Le quedaban horribles, pero su función no era estética, se trataba de los mismos anteojos que traía algunos lunes a clase para dormir al final del aula. Cuando los llevaba puestos, todos intuían que la chica había tenido un fin de semana movido.

–No, claro que no –sonrió–, y del examen de Estadística nada. No he dado un palo al agua, me lo voy a cargar. Terminé saliendo el viernes y el sábado, ¡qué desastre! No sé a quién se le ocurrió la maravillosa idea de poner los exámenes en fecha de carnavales.

—O los carnavales en fecha de exámenes —bromeó ella.

—Sí, aunque creo que los carnavales estaban antes. Bueno, ¿qué? Al final parece que te convenció alguien más persuasivo que yo para salir de marcha, seguro que Raúl.

—¡Qué va! Ya quisiera yo que las ojeras fueran de «mogollón». Son de insomnio, hay temporadas en las que me cuesta dormir. Me paso sin pegar ojo toda la noche.

—Eso es porque le das demasiadas vueltas a las cosas, chica. Tienes que pasar un poco de todo, la vida tampoco hay que tomársela demasiado en serio. Fíjate en mí, me van a cargar en Estadística y tan fresca, ya me presentaré a la recuperación.

»Tú, en cambio, es como si llevaras un lastre aquí —dijo señalándose la parte superior de la espalda con una de sus manos—. Tienes que relajarte, que todavía nos quedan tres años de carrera por delante.

—Sí, será cuestión —sonrió Belinda, aunque sin creérselo.

—Oye, suelta por esa boquita: ¿te llamó Raúl para salir de marcha?

Eva no tenía pelos en la lengua, era sincera y transparente, y eso le encantaba a Belinda, que añoraba tener las mismas cualidades.

—Sí, sí me llamó —reconoció con una mueca que Eva pudo haber interpretado como presuntuosa.

—¡Ja!, ya te dije que lo haría. ¿No te lo dije? ¿Y qué hiciste?

—Le dije lo mismo que a ti, que tenía que estudiar Estadística.

Eva elevó las dos palmas de la mano hacia arriba, a la altura de sus hombros, simulando formar una balanza.

—A ver si lo entiendo: carnaval con Raúl —bajó la mano izquierda hasta su cintura— o Estadística e insomnio —subió la derecha por encima de su cabeza—. Tú estás loca, cariño. Con lo bueno que está y lo bueno que es. No eres normal, si se te van los ojos por él.

Belinda no tenía ganas de seguir hablando del tema. Cuando no estás dispuesta a contárselo todo a quien es sincera contigo, lo mejor es desaparecer. Otra cosa no le parecía honrada. Miró su reloj de pulsera.

—Voy para adentro, tengo que estudiar.

—¿Te busco luego para un café a media mañana?

—Sí, claro.

Y desde entonces había estado en la biblioteca, intentando tragarse los apuntes de Estadística a tres folios por hora para llegar al examen con todo aprendido. No obstante, resultaba agotador con falta de sueño.

No le gustaban las estadísticas, les tenía especial manía desde primero de Bachillerato, seguramente porque su vida habría sido bastante diferente si las hubiera comprendido antes y las hubiera tenido en cuenta. Pero no lo entendió a tiempo. Cuando le hablaban en clase de porcentajes, nunca entendió que ella estaba dentro de ellos, que formaba parte de los gráficos de barras y de las tartas coloreadas donde se representaban los índices de natalidad, los porcentajes de aprobado y todos los ejemplos que se le ocurrían a la profesora de Matemáticas.

Mientras subrayaba los apuntes, un café contenido en un vaso de máquina aterrizó en la esquina izquierda de la

mesa de estudio. Reconoció las manos delgadas y los dedos largos de Raúl.

—El primer café de la mañana —escuchó al chico detrás de ella, hablándole entre murmullos para evitar el siseo de algún bibliotecario o de otros alumnos que estuvieran concentrados en su tarea—. Solo y con dos sobres de azúcar. ¿Acerté?

—Sí, gracias —susurró ella—. Eres un cielo.

—Me imaginé que ya estarías estudiando, eres de las primeras en llegar, y pensé en traerte un café cuando me estaba tomando yo uno.

—Muchas gracias.

—¿Cómo lo llevas?

—Más o menos, la Estadística no es mi fuerte.

—Bah, simplemente hay que cogerle cariño. Por ejemplo, ¿sabes que hay mayor número de mujeres que de hombres? Es una buena estadística, por lo menos para nosotros, eso significa que algo nos toca seguro, matemático.

Se había puesto en cuclillas a su lado. Belinda se sentaba a estudiar siempre en la misma mesa, en un extremo de la fila, para evitar tener más de un compañero al lado, en medio de dos sentía claustrofobia. Cuando alguien, como Raúl, quería encontrarla, no tenía sino que ir a buscarla allí, no tenía pérdida. Los estudiantes universitarios terminaban convirtiéndose en auténticos maniáticos, todos eran amigos de rituales y supersticiones. Eva deambulaba durante una hora por la puerta de la biblioteca antes de comenzar a estudiar, Raúl se tomaba el primer café antes de coger un libro, y ella ocupaba siempre el mismo asiento a la misma hora de la mañana. Todo eran ritos,

supersticiones que alimentaban el espejismo de que todo iba a salir bien en los exámenes si no cambiaban su forma de actuar.

—¿Y tú cómo lo llevas? —le preguntó a él.

—Mejor de lo que esperaba a estas alturas. Como no te convencí para salir el sábado, me quedé en casa y estudié todo el domingo. Avancé más de la cuenta.

—Entonces me tendrías que dar las gracias —sonrió.

Raúl tenía los ojos castaños fijos en los suyos. Le gustaba aquella mirada dulce, casi infantil, le inspiraba confianza y cierta ingenuidad. Era un niño bien, lo había tenido fácil con sus padres médicos, pero era honesto y complaciente, atento y agradable, desde luego una compañía ideal para un sábado por la noche.

—No, qué va, no pienses que te voy a dar las gracias por un sábado de aburrimiento y un domingo de Estadística. Más me valdría que hubiéramos salido el sábado, por eso no me habría importado bajar un poco mi nota.

—Quizás otra vez.

—Sí, eso dices siempre, pero yo no me voy a dar por vencido... Bueno, te dejo para que estudies.

—¿Te paso a buscar luego con Eva para otro café?

—Sí, me va a sobrar tiempo —aceptó, y se despidió acariciándole suavemente la corona del cabello mientras cruzaba por detrás de ella.

Belinda se mordió el labio inferior a causa de la impotencia y no pudo evitar volverse para seguir a Raúl con la mirada. Cada nuevo encuentro con él la dejaba con ese sabor agridulce que dejan los buenos sueños cuando se está a punto de despertar, cuando ya se ha descubierto que lo

que se sueña no es verdad y que tocará el despertador en unos instantes para devolverte al mundo real.

Siguiéndolo con la mirada, advirtió que buena parte de los asientos se habían ido llenando mientras estudiaba. ¿Cuántas chicas podía haber allí ya? Al menos doscientas con los apuntes abiertos o preparados para abrirlos. Había estadísticas que conocía a la perfección aunque no las hubiera dado en clase. Sabía que, entre doscientas chicas, probablemente sólo habría otra cuya causa de ojeras fuera la misma que la de ella: una menor de cada cien se quedaba encinta con menos de dieciocho años. Ella tuvo a Toni con dieciséis, era una de las cuatro insignes embarazadas de su instituto según recordaba.

Miró las caras de sus compañeras, muchas con ojeras, pero seguramente no habría otra madre adolescente en la sala. No conocía el porcentaje, pero la posibilidad de completar estudios universitarios siendo una madre de veinte años no debía de ser alto. Ninguna de las otras tres chicas de su instituto había terminado siquiera la Secundaria. Los niños, sus parejas, todo se complicó demasiado como para que estudiar continuara siendo posible. Hay algunos sueños que se hacen incompatibles con la realidad, ser una universitaria de veinte años normal con un hijo de casi cuatro era uno de ellos.

Estadísticas... sabía también que dieciocho mil chicas quedaban embarazadas cada año en España, todas menores. La mitad abortaba, la mitad no. Lo que no sabía era qué porcentaje de la mitad que no abortaba había dejado pasar el tiempo tontamente, deseando que no estuviera ocurriendo aquello, hasta que ya era demasiado tarde para



tomar decisión alguna. Seguro que no había sido ella sola. Eso también se aprende en Estadística: uno nunca está solo en una barra del gráfico. Dejó pasar los meses sin decírselo a nadie, deseando que fuera una falta, sin embargo, sabía que no lo era.

Belinda estaba convencida de que había sido una de las adolescentes más tontas del país, o al menos de las dieciocho mil más tontas, de las que pensaron –pese a todo lo que les dijeron– que por no utilizar métodos anticonceptivos en alguna ocasión no pasaría nada. Al menos, había sido menos avispada que Eva y que las otras doscientas que estaban en la biblioteca esa mañana. Todas ellas debían de llevar cerca de cuatro años viviendo una juventud desenfadada que ella se había tragado entre pañales, vacunas e insomnio. Seguramente, todas se habían acostado con alguien al mismo tiempo que ella, pero todas debieron de ser más precavidas o tener novios más responsables que Héctor.

Sea como fuere, cuando quiso darse cuenta, cuando sus padres se enteraron de todo, ya era demasiado tarde para abortar. Ni siquiera pudo tomar esa decisión. No sabía qué habría hecho. Quizás, si hubiera elegido conscientemente no abortar, habría días en que se lo recriminaría a sí misma, en que se arrepentiría de no formar parte del otro cincuenta por ciento del porcentaje, de las que abortaron –había épocas muy duras con Toni–. Eso nunca se lo confesaba a nadie. En cualquier caso, no sabía a ciencia cierta por qué habría optado, y por suerte no tenía que saberlo. No soportaría tener que cargar con una elección más, ya tenía bastante con lidiar con una certeza irrefutable:

si pudiera volver atrás, si tuviera otra vez dieciséis años, no habría mantenido nunca relaciones sin un preservativo, aunque Héctor pusiera el grito en el cielo o amenazara con dejarla.

¿Qué significaba Héctor al cabo de cuatro años? Nada, absolutamente nada, una carga, alguien a quien seguía atada por Toni y para el resto de su vida sin más remedio. Tampoco existían estadísticas de aquello, seguramente porque serían irrisorias, pero Belinda estaba segura de que, una vez terminado el instituto, sobreviven juntas menos parejas que adolescentes quedan embarazadas. Sus compañeros de clase terminaron la Secundaria hacía dos años —uno antes que ella—, desde entonces, ¿cuántas parejas de aquéllas continuaban unidas? Pensó un instante. Ninguna, el porcentaje era devastador. Héctor y ella fueron los primeros en caer, aún cuando todavía no había acabado el instituto, cuando repitió por primera vez en su vida. Toni nació en junio y no hubo manera de aprobar primero de Bachillerato, pese a que había comenzado el curso con una media de notable.

El año en que repitió no estaba dispuesta a dejar de estudiar, eso Héctor no lo comprendió, él quería seguir saliendo, ocuparse del niño sólo cuando se le antojaba y, como casi todos los padres adolescentes, cogió vuelo; él sí que podría salvarse de una adolescencia llena de pañales y biberones.

Desde entonces, iba a ver al crío cuando le apetecía, no le pasaba dinero porque no trabajaba y nunca podía contar con él. Aquel fin de semana, como otros tantos, no se había llevado a Toni porque iba a salir de carnavales y

no quería cargar con él. Todo eso no le molestaba tanto a Belinda como el hecho de tener que verlo cada vez que a él le apeteciera, siempre que quisiera ir a llorarle sus penas con la excusa de ver al niño. Estaba ligada a Héctor de por vida aunque no quisiera, aunque hubieran cortado hacía tres años y ya no tuvieran nada en común. Era el padre de Toni y ésa era una cadena perpetua.

No se imaginaba presentando a Héctor a Raúl ni a nadie que quisiera tener por pareja, sin embargo, tendría que hacerlo en algún momento si iba a salir con alguien. ¿Qué pintaba Héctor con Raúl? Nada. Raúl se imaginaría que ella era tonta y que lo había sido de nacimiento. Héctor no era sino el «chuleta» de turno del instituto, el rebelde sin causa que traía locas a las adolescentes inseguras. Eso ocurría a menudo, pero luego a las chicas se les pasaba la tontería y no querían tener nada que ver con gente de aquella índole. Para ella ya era tarde, nunca podría librarse del todo de él.

¿Cuántos tíos como Raúl, de diecinueve años, sin preocupaciones ni responsabilidades, saldrían con una madre adolescente para tener que lidiar con ecuaciones de chupetes y niñeras cada vez que quisieran verla? Ella no podría dedicarle todos los fines de semana, ni irse en segundo de carrera con él becada al extranjero, como planeaba hacer Raúl. Nada de eso podría hacerlo pendiente de Toni. A ella le tocaba tragarse únicamente la parte menos lúdica de la universidad y de la juventud, los estudios y los exámenes a secas, y no toda la parafernalia de las fiestas, las acampadas y los viajes. Toni era responsabilidad suya, no podía cargársela a nadie, bastante hacían sus padres cubriéndola para que

pudiera estudiar, los dos trabajaban y organizarse entre los tres con el niño resultaba demencial.

Observó el reloj, se había vuelto a ensimismar pensando en Toni y en todo lo que conllevaba, en todo lo que se perdía por su causa, por no haber sido más cauta e ignorar una estadística que conocía cuando Héctor y ella decidieron no hacer caso de las advertencias, de lo que les repitieron hasta la saciedad en la escuela, en la televisión y en sus casas: que uno tenía que tomar precauciones cuando se acostaba con alguien. Sólo hacía falta que te despistaras una vez y te podía tocar la lotería de un crío. No hacía falta, ni siquiera, arriesgarse con frecuencia para que vinieras a caer de culo en medio del trozo de tarta de las madres solteras de los gráficos.

A veces, intentaba animarse pensando en el cariño que le tenía al niño, en cómo se deshacía de gusto cuando la llamaba «mamá» o en lo orgullosa que se sentía cuando aprendía algo nuevo, cuando comenzó a caminar o a hablar, pero nada de eso la reconfortaba en días como aquél. La maternidad era una vivencia maravillosa, incomparable, pero a otra edad, no cuando ella apenas acababa de abandonar la infancia. Paradójicamente un niño podía resultar la mayor bendición o un auténtico contratiempo dependiendo de las circunstancias. ¿Quería ser madre? Probablemente, pero no en ese momento, no a los dieciséis años y no con Héctor como padre. El paisaje de la adolescencia había convertido una experiencia fascinante en un mar de complicaciones e inconvenientes para ella.

Tenía que dejar de pensar en ello, se le iba el tiempo y todavía le quedaba mucho que estudiar. Le costaba mucho

concentrarse cuando pensaba en cómo había pasado todo. Sabía que por más vueltas que le diera nada cambiaría, sin embargo, tendía a recriminarse una y otra vez su falta de conciencia.

¿Cuántos novios podía haber tenido su amiga Eva desde los dieciséis años? ¿Con cuántos se habría acostado? No lo sabía, pero seguro que le batía la marca. Costaba salir con alguien con un hijo de por medio, Toni era un repelente perfecto de tíos, nadie quiere andar a cuestras con los horarios de una madre adolescente, con sus inconvenientes. Si quería enrollarse una noche con un chico, si quería tontear un poco, para eso no había problema, pero cuando quería comprometerse, su hijo se convertía en una suerte de prestidigitador que hacía que los tíos desaparecieran en un número de magia. A rachas, desistía de intentarlo, decidía centrarse en sus estudios y aguantar la respiración hasta que pasara el tiempo suficiente como para que no importara ser la única chica de la biblioteca que llevaba un hijo a cuestras. Sin embargo, en ocasiones, costaba demasiado. Cuando más cansada estaba, cuando se le acumulaban los exámenes con las noches sin dormir, los trabajos de clase con las enfermedades de Toni, y los remordimientos con la tristeza, Belinda se sentía profundamente sola, intensamente aislada, viviendo detrás de un escaparate donde contemplaba cómo podía haber sido su vida pero sin poder tocarla, sin poder entrar a formar parte del mundo de Eva y de Raúl, de sus noches de marcha, de sus estudios en el extranjero y de la tranquilidad de saber que nadie depende de ti, que todavía eres tú la responsabilidad de alguien y nadie lo es tuya. En esos momentos, no podía evitar sentir

la tentación de volver a intentarlo, de aceptar salir con Raúl, de soñar con que él no se asustaría y le seguiría trayendo un café gratis sin poner tierra de por medio.

–Café, café, café. Necesito un café –la abordó Eva desde su derecha con la sonrisa impecable.

–¡Oh, dios, ya son las diez! Se me ha ido el santo al cielo y no he adelantado casi nada.

–¿En qué andabas pensando?

–En nada, no sé, me he despistado.

–¿Te vienes? Así te despejas un poco.

–Sí, creo que me vendrá bien, a ver si así me centro cuando vuelva. Le dije a Raúl que lo avisaríamos –dijo cogiendo el monedero de su bolso.

Se acercarán a la cafetería de la facultad de Arquitectura, así darían un paseo y estirarían las piernas.

Pasaron a por Raúl y emprendieron el camino mientras Eva y él narraban lo que hicieron la madrugada del sábado.

Un cuarto de hora más tarde estaban sentados alrededor de una mesa de plástico de Pepsi Cola en medio de la cafetería. Raúl acababa de llegar con el pedido.

–Bueno, ¿qué? ¿Nos vas a contar de dónde vienen tus ojeras?

La cara de Belinda se reflejaba contra uno de los cristales de la cafetería. Si cabía, sus ojeras eran más evidentes que las que lucía horas antes, cuando Eva la recibió a las puertas de la biblioteca. Ahora no habían pasado inadvertidas para su amigo. Seguramente, el rato que había pasado dándole vueltas a la cabeza había contribuido a que la cosa empeorara.

—Es que la criatura tiene insomnio —bromeó Eva—. No sé cómo se puede tener insomnio con veinte años.

—¿Qué ocurre? ¿Te preocupa algo? Puedes contárnoslo —se interesó Raúl.

Estaba cansada, demasiado cansada. Cansada por falta de sueño y porque Héctor se había lavado las manos con el niño el fin de semana; cansada de recriminarse cosas, de ansiar haber tomado precauciones; cansada de que todo se hubiera complicado, de que las cosas no pudieran ser fáciles; y cansada de las estadísticas, de ser una de las dieciocho mil que quedaron encinta tres años antes, y de sentirse sola. Seguramente estaba todo lo cansada que podía estar, y deseó que, al menos, Raúl estuviera dentro del exiguo porcentaje de tíos a los que no les importara, por lo menos, probar suerte saliendo con una madre adolescente. Deseó eso porque ya era tarde para desear lo que hubiera querido de verdad: estar dentro del tanto por ciento de adolescentes que utilizaban siempre anticonceptivos, que no tendrían que complicarse una de las mejores etapas de su vida cargando con un niño que les sobraría tiempo de tener más adelante, seguramente con un padre más adecuado y a una edad más conveniente.

—¿Saben, chicos?, hay estadísticas que no me sacó de la cabeza.

—No evites el tema de lo que te pasa —le instó Raúl.

—No, no lo evito. ¿Saben que una de cada cien menores de dieciocho años se queda embarazada por no tomar precauciones?

—No, no lo sabía —admitió Eva.

—Pues aquí tenéis a una idiota entre cien crías —pronunció mirando a Raúl y cruzando los dedos.